

# Imprentas e impresores de Aguascalientes, 1826-1910

Jesús Gómez Serrano  
*Instituto Cultural de Aguascalientes*

Hasta donde sabemos, el primer impresor que hubo en Aguascalientes fue Juan María Gordo, cuyo taller debe haber abierto sus puertas en el año de 1826. Los impresos suyos que conocemos son casi todos de carácter religioso, aunque hay también algunos de tema político. El más antiguo es una *Devoción al Santísimo Patriarca Señor San José*, en cuyo colofón se encuentra la indicación de que por entonces la imprenta de Gordo estaba “al cargo del ciudadano Francisco Jiménez de Sandi”. Ligeramente posterior es una *Oración al Sagrado Corazón de Jesús*, así como *El Amigo de la Religión y del Rey*, que era la copia de un artículo que había aparecido en un periódico parisino, y un folletín a propósito de la *Necesidad de instruirse en los principios y fundamentos de la religión*. El estudio de estos impresos demuestra, en opinión de Francisco Antúnez, que Gordo no era ni de lejos un maestro en el arte tipográfico; sus obras “adolecen de esa tosquedad característica en los impresos mexicanos de fines de la Colonia”.<sup>1</sup>

Otra de las primeras imprentas que hubo en Aguascalientes fue la de la Sociedad de Amigos de Aguascalientes, en la que se imprimieron los estatutos de la misma sociedad.<sup>2</sup> En sus inicios el encargado de este taller fue Antonio Valadés, quien según Antúnez es el “fundador de una dinastía valadesiana de grabadores y tipógrafos”.<sup>3</sup> Otro impresor es Felipe Granada, que en 1834 publicó un folletín en el que fustigaba duramente a los liberales y a quienes se dejaban seducir por sus ideas.<sup>4</sup>

Hay además algunos impresos cuyo origen ignoramos, pero que son interesantes porque permiten entrever las profundas convulsiones que agitaban a la sociedad de entonces.

1. Francisco Antúnez. “La imprenta en Aguascalientes”, en A. Acevedo Escobedo. *Letras sobre Aguascalientes*, pp. 139-140.
2. José Lovato y Mariano Rodríguez. *Estatutos de la Sociedad de Amigos de Aguascalientes*. Aguascalientes: Imprenta de la Sociedad de Amigos de Aguascalientes, 1827.
3. F. Antúnez. *op. cit.*, pp. 139-140. Una versión preliminar de este mismo trabajo fue publicada con el título de *Breve historia de una vieja imprenta de Aguascalientes*. Aguascalientes: Academia de Bellas Artes del Estado, 1950.
4. *El imparcial les regala esos cordiales a todos los liberales*. Aguascalientes: Imprenta de Felipe Granada, 1834.

5. Cfr. Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes. Fondo Protocolos Notariales (En lo sucesivo AHEA-FPN). Not. José María Calvillo, 1827, s. n., 320-321 y 1827, 169, 332f-332v.
6. Cfr. AHEA-FPN. Not. José María Calvillo, 1827, 181, 350v-351v.
7. AHEA-FPN. Not. José María Calvillo, 1827, 182, 351v-352v. (Nótese que Granada, el apoderado, aparecerá después como dueño de una imprenta).
8. Cfr. AHEA-FPN. Not. José María Calvillo, 1827, 189, 383f-384f.
9. El acuerdo fue protocolizado el 26 de noviembre de 1827. Cfr. AHEA-FPN. Not. José María Calvillo, 1827, 226, 447f-448v.

El primero es obra de Cayetano Valadés y lleva un título sonoro y sugestivo: *Pueblos libres, si a todas las armas damos, de necios nos jubilamos*. Debió aparecer a mediados de agosto de 1827 y su contenido no fue muy del agrado del Comandante de la Milicia Cívica, Tomás López Pimentel, quien se propuso denunciar ese “papel” y exigir a su autor la debida satisfacción.<sup>5</sup> Poco después, Mariano Rodríguez entregó a las prensas otro folletín incendiario: *Siempre ha dejado el cuentero la verdad en el tintero*, en el que, según parece, se criticaban severamente los mecanismos de que había echado mano López Pimentel para formar su regimiento.<sup>6</sup> Las cosas llegaron hasta el extremo de que el comandante y el regidor Rafael Reyes tuvieron un enfrentamiento personal luego del cual este último fue a parar a la cárcel. En su sesión del 28 de septiembre, el Cabildo acordó darle un poder a Felipe Granada, para que informara en la capital del estado de lo acontecido y estudiase si lo hecho por Reyes era a tal punto grave que ameritase su prisión.<sup>7</sup> Unos días después, el anónimo autor de *Triunfo de la justicia contra el despotismo* le echó una poca más de leña a la hoguera y provocó de nueva cuenta la furia del comandante López Pimentel.<sup>8</sup> Finalmente, luego de transcurridas algunas semanas y vueltas las aguas a su nivel, tanto el jefe de las milicias como los miembros del Cabildo concluyeron que lo mejor era ponerse de acuerdo y dejar las rencillas para otra ocasión. Todos deseaban el imperio de la paz “pues que una dolorosa experiencia ha enseñado que esta clase de asuntos, rencillas enemistades son demasiado odiosos y trascendentales a la tranquilidad y bien de los pueblos”. Por lo mismo, retiraban todas las injurias que mutuamente se habían proferido, renunciaban a “cualquiera acciones que hayan intentado o intentar puedan con relación a sus diferencias y enemistades” y declaraban terminada la causa que seguían “quedando por tanto fenecida y dándola como la dan por rota y cancelada”.<sup>9</sup>

Por lo pronto no nos interesa estudiar en detalle el contenido de estos impresos, sino tan sólo dejar constancia de su existencia. La imprenta, que recién había sido introducida, se colocaba de inmediato en el centro del debate partidista. José María y Pablo N. Chávez, que en 1835 abrirían en la calle del Obraje su propio establecimiento tipográfico, son ejemplo de esa misma pasión. Don José María, un “honrado y laborioso

artesano<sup>10</sup> se haría después cargo de la imprenta del gobierno, en la que en el año aciago de 1847 fue publicado el primer periódico oficial con que contó Aguascalientes: *El Patriota*. Después, en su propio taller, publicaría *La Imitación*, un semanario literario que en opinión de Antúnez constituye su

10. A. R. González. *Historia del Estado de Aguascalientes*. Aguascalientes: Tipografía de Francisco Antúnez, 1974, pp. 111.

### Relación de los primeros impresos aparecidos en Aguascalientes, 1826-1834

Autor (es)	Título	Impresor	Aparición
	<i>Devoción al Santísimo Patriarca Señor San José, rezándoles siete estaciones en cada uno de siete jueves</i>	Juan Ma. Gordo	1826
	<i>Oración al Sagrado Corazón de Jesús, que dan al público los desagravios de La Merced, dispuesta por un sacerdote del Arzobispado de México</i>	Juan Ma. Gordo	1827
José Lovato y Mariano Rodríguez	<i>Estatutos de la Sociedad de Amigos de Aguascalientes</i>	Sociedad de Amigos de Aguascalientes	1827
	<i>Copia de un artículo aparecido en un periódico de París titulado El amigo de la religión y del rey, y repetido en El Observador belga, que se publica en la ciudad de Lieja, de los Países Bajos</i>	Juan Ma. Gordo	1827
	<i>Compromiso de la Nación Mexicana por el papel francés titulado El amigo de la religión y del rey</i>	Juan Ma. Gordo	1827
	<i>Necesidad de instruirse en los principios y fundamentos de la religión, quiénes tienen esta obligación y cómo podrán desempeñarla</i>	Juan Ma. Gordo	1827
Cayetano Valadés	<i>Pueblos libres, si a todas las armas damos, de necios nos jubilamos</i>	n. d.	1827
Mariano Rodríguez	<i>Siempre ha dejado el cuentero la verdad en el tintero.</i>	n. d.	1827
Anónimo	<i>Triunfo de la justicia contra el despotismo Audacia y avaricia</i>	n. d.	1827
	<i>Novena del Señor del Encino, que se venera en la ciudad de Aguascalientes. Dispuesta por un eclesiástico amartelado del Señor</i>	Juan Ma. Gordo	1829
Anónimo	<i>El imparcial les regala esos cordiales a todos los liberales</i>	Felipe Granada	1834

11. F. Antúnez, *op. cit.*, pp. 149-150.
12. Francisco Antúnez (selección y notas). *Primicias litográficas del grabador J. Guadalupe Posada. Aguascalientes, León: 1872-1876. Aguascalientes: Imprenta de Francisco Antúnez, 1952, p. 13.*
13. *El Porvenir*. 14-x-1860
14. AHEA-PJ, Civil, 343, 28: Inventario a bienes de la testamentaría del finado Sr. D. José María Chávez, practicado por los peritos D. Genaro Vergara y D. José María Villalobos...

“primer alarde editorial”. Repetiría la hazaña en 1852 con *El Mentor* o *Ayo el de los niños*, un pequeño manual ornado con 39 ilustraciones hechas por Antonio Valadés sobre madera de pie y que por lo bien logradas recuerdan “los hermosos grabados de Bewick”.<sup>11</sup>

Tal fue el impulso adquirido por este taller que don José María pudo traer desde los Estados Unidos, en 1855, un tórculo, dos rodillos entintadores, media docena de piedras litográficas y otros accesorios, materiales todos patentados por la casa R. Hoe Company de Nueva York.<sup>12</sup> Con todo y sus mejoras el establecimiento fue reducido a cenizas durante la Guerra de los Tres Años, pero el tesón y la energía de Chávez eran tales que en octubre de 1860 lo ponía de nuevo a las órdenes del público.<sup>13</sup> Uno no puede menos que admirar la constancia de ese hombre y reconocer que lo suyo no era un simple trabajo, sino una especie de apostolado. Como buen liberal, creía que el destino de la patria estaba en sus manos y que las preocupaciones de orden personal debían subordinarse a las grandes tareas sociales. Por eso pensaba que al hacer un periódico no se limitaba a satisfacer un vulgar apetito de ganancias, sino que estaba asumiendo su misión, su obligación de redimir al pueblo y de llevar hasta las masas ignorantes las luces de la ilustración.

Chávez fue fusilado en abril de 1864 por los franceses, en momentos en los que ocupaba el cargo de gobernador constitucional del estado. De sus bienes, según las instrucciones que alcanzó a dictar pocas horas antes de morir, se hicieron cargo su esposa, doña Néstora Pedroza y su hijo Sóstenes. La imprenta, según el inventario practicado, contaba con una prensa de fierro, con una más de madera “incompleta”, con 416 grabados “de algún uso” y con un gran surtido de letras de todas clases, que iban desde la *bourgeois* francesa hasta la *non pareil*. El taller, incluidos 200 pliegos de papel, 140 ejemplares de la novela *El judío errante*, otros veinte de un pequeño folletín titulado *El trono y el altar*, y una gran cantidad de enseres menores, tenía en inventarios un valor líquido de 3,221 pesos, equivalentes al 19.3% del valor alcanzado por los activos de la testamentaría de don José María<sup>14</sup>

Los albaceas de don Jose María, acuciados quizá por la necesidad de efectivo y muy al tanto de que “el gobierno trata de comprar una tipografía útil para el desempeño de todas sus

impresiones”, se acercaron al gobernador Gómez Portugal y le propusieron que adquiriese la suya. Este último, que creía que de dicha compra se derivarían ciertas economías para el erario público “puesto que se facilitarán las impresiones oficiales y la de libros elementales”, facultó al administrador de alcabalas para que de la manera más ventajosa posible cerrara con los herederos de Chávez la operación. El 18 de agosto de 1870, finalmente, se protocolizó un acuerdo según el cual el gobierno pagaría por la imprenta, incluidos sus útiles y enseres, la cantidad de 2,400 pesos, 2 mil pesos con una letra de cambio aceptada por Manuel Alvarez Rul y el resto de contado.<sup>15</sup> El redactor del periódico oficial, que no podía hacer otra cosa, se congratuló por la operación y sostuvo que no era el erario público el único beneficiado, sino que el pueblo mismo, al quedar en situación de adquirir a muy bajo costo los libros y folletos que con toda seguridad imprimiría el gobierno, resentiría los saludables efectos de tal adquisición.<sup>16</sup>

Jose María Chávez fue sucedido por impresores que tenían el mismo o similar concepto del oficio. Su hermano Martín Wenceslao, por ejemplo, mucho más enérgico en materia de ideas que él, se asoció en abril de 1861 con Esteban Avila. De su establecimiento salió el famoso *Cuadro Sinóptico de Aguascalientes*, preparado desde hacía varios años por el judío alemán Isidoro Epstein.\* Cuando anunciaron la apertura de su taller, Avila y Chávez se permitieron hacer saber a sus eventuales clientes que no los animaba tanto el “interés

15. AHEA-FPN. Not. Candelario Medina, 1870, 97, 213v-218v.

16. *El Republicano*, 31-vii-1870.

\* Epstein había salido de su patria en 1848, a resultas del fracaso de la revolución. En México realizó una larga y fructífera carrera como cartógrafo y periodista. Su caso ilustra como ningún otro el de un extranjero altamente capacitado que encuentra en México el terreno a propósito para desplegar sus habilidades. Se radicó en Aguascalientes en 1855, colaboró con el gobernador Terán, enseñó idiomas en el Instituto Literario y preparó, además del *Cuadro Sinóptico*, un mapa del estado -el primero con el que se contó- y otro de su capital. Su influencia entre los miembros de la belicosa élite liberal fue grande. (Cfr. Corinne A. Krause. *The jews in Mexico: A history with Special Emphasis on the Period from 1857 to 1930*, University of Pittsburgh, Faculty of Arts and Sciences, 1970. Traducción al español, anotación y estudio introductorio de Ariela Katz Kenner, mecanoescrito inédito, UIA, México, 1985, 3 tomos), II, 37-38 y 116-133, y de la misma autora el artículo

17. *El Porvenir*, 4-IV-1861.

18. AHEA-FPN. Not. Candelario Medina, 1869, 72, 170-172.

19. *El Republicano*, 6-V-1900

20. Aunque la sociedad estaba organizada y funcionaba como tal desde febrero de 1893, no fue sino hasta abril de 1910 cuando sus bases constitutivas fueron protocolizadas. Cfr. AHEA-FPN. Not. José María González, Minutas 1910, s.n., 38-41.

pecuniario” cuanto el deseo de “cooperar a la difusión de las luces por medio de la publicidad”. La imprenta era para ellos “la poderosa palanca de la civilización”, un instrumento de progreso tan importante como el telégrafo y el vapor, un medio inigualable para volver “palpitantes” las ideas y dar vida y animación a los trabajos de la inteligencia. Por lo demás “las personas que se sirvan ocuparnos” no encontrarían en ese taller otra cosa que “corrección esmerada, limpieza y exactitud”.<sup>17</sup> La viuda y heredera de Chávez, doña Martina Arteaga, se asociaría en mayo de 1869 con J. Trinidad Pedroza, uno más de los artesanos formados en el taller de José María Chávez, con el fin de mantener activo este negocio. En la escritura constitutiva se aclaraba que Pedroza sería el socio industrial y que como impresor experimentado que era se comprometía a dirigir el establecimiento y a asegurar su éxito. El taller era pequeño, contaba con tres viejas prensas, unos pocos grabados y un regular surtido de tipos.<sup>18</sup>

Pedroza montaría poco después su propia imprenta, en la que fue publicado *El Jicote*, el célebre semanario ilustrado por Posada que tantos estragos provocaría en las filas del gommismo. En la época porfiriana se convertiría en el impresor preferido por el gobierno, hasta el punto de que en abril de 1900 podía anunciar lleno de ufanía la inauguración de “una nueva y hermosa prensa mecánica”, mejora que desde luego redundaría en provecho de su nutrida clientela.<sup>19</sup> Un poco antes, en febrero de 1893, don José Trinidad había formado junto con sus hijos José y Alberto una sociedad cuyo fin declarado era explotar el establecimiento que tenían montado y procurar su perfeccionamiento. El negocio marchó viento en popa pues, en abril de 1910, los Pedroza declararon ante notario que el capital de su empresa ascendía a la, en esos momentos nada despreciable, cantidad de 24 mil pesos.<sup>20</sup> Según Francisco Antúnez, el taller de los Pedroza llegó a ser

---

“Liberalismo positivista en México”, en *El Unicomio*, suplemento cultural de *El Sol del Centro*, 21, 22, 23 y 25, correspondientes al 8-IV-1984, 15-IV-1984, 22-IV-1984 y 6-V-1984. (Originalmente publicado en el *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, noviembre de 1976. Traducción de Carlos Ortega de León).

uno de los mejores de la República, “tanto por su *moderna* maquinaria a vapor, como por la maestría y dignidad puestas de manifiesto en la composición y las estampaciones”. La “nobleza” y la variedad de sus tipos, sus “primorosos motivos ornamentales” y sus magníficas viñetas “corresponden a la mejor época de la tipografía romántica mexicana”.<sup>21</sup>

Menos exitosa fue la carrera de Epigmenio Parga, que en 1879 le compró al gobierno del estado la imprenta que había sido propiedad de José María Chávez. Hizo la adquisición en términos muy ventajosos, pues sólo tuvo que desembolsar 1,300 pesos, a más de que el gobernador se obligó a darle a Parga todos los trabajos oficiales que fuesen requeridos.<sup>22</sup> Don Epigmenio quiso convertir su establecimiento en una nueva versión de “El Esfuerzo”, el legendario taller fundado por Chávez; junto a los servicios tradicionales de tipografía y encuadernación, prometía a sus clientes el inmediato montaje de talleres de carrocería, plomería, herrería, fragua y hasta de reproducción de piezas en cobre, plomo y oro. Su deseo no era otro que el de “proporcionar al público un establecimiento artístico e industrial” al que lo acreditaran su utilidad, el empeño puesto en el cumplimiento de los encargos y la baratura de sus obras.<sup>23</sup> La carrera de Parga, sin embargo, se vería súbitamente interrumpida en 1881, cuando Rafael Arellano, de quien era enemigo personal, asumió la gubernatura. Pronto perdió el favor oficial y pasó a militar en las filas de la oposición, convirtiéndose en el editor de *La Comadre Bárbara*, un semanario que no era otra cosa que el refugio de los enemigos de la administración arellanista. Hostigado por el gobierno y apremiado por ciertos compromisos pecuniarios, don Epigmenio se vio obligado a cerrar su imprenta y trasladarse con todo y su familia hasta Durango, ciudad en la que, pobre y olvidado por sus antiguos amigos, moriría a los pocos años.<sup>24</sup>

A estos pioneros se sumarían durante las dos últimas décadas del siglo XIX otros muchos impresores: Jesús F. López, que en su imprenta El Aguila editó, a más de periódicos, novelas y folletines, una simpática “colección de artículos literarios y humorísticos”; Melquiades Moreno, dueño del pequeño taller en el que se imprimió el semanario *La Enseñanza*; Salvador E. Correa, que al fundar la Imprenta Católica acabó con el virtual monopolio que en materia de impresos ejercía la belicosa élite liberal, y Jesús Díaz de León, que abrió

21. F. Antúnez, *Primicias litográficas...*, p. 14.

22. AHEA-EPN. Not. Candelario Medina, 1879, pp. 19, 36-38.

23. *El Republicano*, 25-I-1880.

24. La noticia de la muerte de Parga en *El Republicano*, 10-I-1886.

su taller a mediados de 1892 con el fin declarado de editar en él *El Instructor*. Desde un principio, el encargado de esta imprenta fue Ricardo Rodríguez Romo, quien a la postre se convertiría en su dueño. Se trataba de un establecimiento montado en toda forma, que pronto ganó crédito por la dignidad de sus trabajos y que hizo recordar el antiguo taller de José María Chávez, en el que la falta de recursos era suplida con creces con imaginación y buen gusto. Antúnez hace notar que uno de los grandes defectos de los impresos mexicanos de esta época radicó “en el uso inmoderado de piezas ornamentales” y en la variedad excesiva de las letras empleadas, de tal suerte que “la más sencilla tarjeta de visita parecía un muestrario de tipos”. Por lo mismo, sorprende gratamente el perfecto equilibrio, el sentido de las proporciones con que el maestro Rodríguez Romo usó de los blancos y de los negros en sus composiciones, y su discreta sobriedad en el empleo de material decorativo. “Muchos de los trabajos hechos en este taller, concluye Antúnez, son de una dignidad inusitada para el gusto de la época”.<sup>25</sup>

No en vano, José María Chávez fue el primero que en Aguascalientes se propuso editar obras de carácter estrictamente literario. Se estrenó en 1861 con *El judío errante*, una novela de Eugenio Sue que, por cierto, había merecido ya la desaprobación de la Iglesia.<sup>26</sup> Eran dos pequeños tomos, de 200 páginas cada uno, con el texto dispuesto en dos columnas, engalanados con veinte litografías y algunos grabados en madera firmados por J. Trinidad Pedroza. El título de la obra parece aludir a Isidoro Epstein, un judío liberal, iconoclasta y errante radicado por entonces en Aguascalientes. Antúnez, en sus breves pero muy útiles apuntes sobre la historia de la imprenta a los que nos hemos referido, habla de “los motivos de orden político que originaron esta publicación” pero por desgracia no los menciona explícitamente.<sup>27</sup> De cualquier forma, es mucho más importante por ahora insistir en el carácter pionero que tuvo esta obra, con ella inauguró Chávez una nueva época en la historia de la literatura local. El mismo publicó poco después un folletín titulado *El trono y el altar y El imperio y el sacerdocio* que con toda claridad se refiere a una de las disputas que con más aspereza dividían a la sociedad de entonces. Desamortizados y nacionalizados los bienes de las

25. F. Antúnez, *La Imprenta en...*, pp. 138-139

26. La impresión de las obras de Sue fue prohibida por el arzobispo según decreto del 22 de enero de 1852. Cfr. C. Vázquez Mantecón. *Santa Anna y la encrucijada del Estado. La dictadura (1853-1855)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 211.

27. F. Antúnez, *Prinicias litográficas...*, p. 113. El propio Antúnez dice en *La imprenta en Aguascalientes*, p. 142, que no eran dos sino tres los tomos de *El judío errante*, cuyas 536 páginas nada tenían de notable “como no sea lo copioso de su texto”.

corporaciones eclesiásticas, abolidos los fueros y creado el Registro Civil, la Iglesia y en especial sus más altos dignatarios le declararon una guerra a muerte al gobierno liberal. Chávez, cuyas ideas todo el mundo conocía, defendió a su partido con el arma que más a la mano tenía: la imprenta.

Hay que decir también que Chávez estaba muy a tono con el espíritu de los publicistas liberales de la época. Eugenio Sue, Alejandro Dumas, Alfonso de Lamartine y Walter Scott encabezaban la lista de los autores preferidos por la intelectualidad liberal. El gran público, por su parte, se aficionó a las novelas por entregas, publicadas por la prensa periódica en forma de folletines. Los librereros, muy al tanto de las preferencias de los lectores, promovían a través de sus catálogos, entre diccionarios, calendarios, vidas de santos y tratados prácticos que componían la parte más importante de la oferta, la venta de novelas románticas, hinchadas de patetismo. Entre los 26 títulos de un catálogo publicado en 1853, siete corresponden a Dumas, tres a Sue y uno más a Lamartine, lo que dice mucho de la predominancia de la literatura francesa. Por lo demás, las preocupaciones políticas de los escritores, la inestabilidad consiguiente a las incesantes contiendas civiles, las severas deficiencias de las instituciones educativas existentes, la falta de editores, y la escasa penetración de las revistas literarias, eran razones que se confabulaban para impedir el surgimiento de un auténtica literatura mexicana.<sup>28</sup>

Pero nuestros impresores pronto prefirieron autores y títulos de tono más conservador. Epigmenio Parga, por ejemplo, publicó en 1872, bajo la forma de entregas semanales de 24 páginas cada una, la novela *El mártir del Gólgota*, de Enrique Pérez Escrich, un folletinista español muy popular en la época. Las ardientes ideas francesas, así, eran contrapesadas con la prosa moralizante de este autor ibérico, tan gustado por las buenas conciencias. Aunque ello no hace menos los afanes de don Epigmenio, uno de los pocos impresores que hicieron en la época esfuerzos serios por ampliar el número de los aficionados a la literatura. Además, Parga tuvo el acierto de ornar sus ediciones con estampas que parece fueron muy del agrado de sus suscriptores. La lámina incluida en la entrega número 21, por ejemplo, fue calificada de *magnífica*, siendo en ella dignos de elogio "tanto la elección de la escena como el

28. J. Covo. *Las ideas de la Reforma en México (1855-1861)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, pp. 313-314.

29. *El Republicano*, 10-XI-1872.

30. *El Republicano*, 13-I-1873.

31. *El Republicano*, 26-VIII-1877.

trabajo del artista”, cuyo nombre por desgracia desconocemos.<sup>29</sup>

El éxito alcanzado con *El mártir del Gólgota*, le permitió a Parga continuar con su labor editorial. Así, en enero de 1873, anunció que pronto iniciaría la publicación por entregas de *Las obras de misericordia*, otra de las novelas de Pérez Escrich. Don Epigmenio decía a sus potenciales clientes que en esta ocasión utilizaría un “magnífico papel” y que haría traer de Estados Unidos “tipos enteramente nuevos”. Las suscripciones se ofrecían al precio acostumbrado de un real por entrega, aunque siempre había la posibilidad de comprar después la obra, ya terminada y empastada.<sup>30</sup> Esta vez, sin embargo, alguna razón estuvo retrasando la publicación de las entregas. La primera no apareció sino a principios de septiembre de 1873 y la última se puso a la venta en agosto de 1877, es decir, cuatro años después. Era tal el retraso que el editor se sentía obligado a anunciar que tenía disponibles folletines sueltos “para los que hayan extraviado algunos”.<sup>31</sup>

Tampoco ajeno a las preocupaciones de orden literario fue J. Trinidad Pedroza, que formado en el legendario taller de José María Chávez estaba llamado a ser el más importante de los impresores aguascalentenses. Pedroza inició su carrera como grabador, aunque después, en 1869, se convirtió en el socio industrial del establecimiento tipográfico dejado por Martín W. Chávez a su muerte. Unos meses antes, en septiembre de 1868, había aparecido la que quizá sea la primera incursión de Pedroza en el terreno literario: el folleto titulado *La Biblia y no Roma*. Juan Amador, su autor, defendía la tesis de que una era la auténtica doctrina cristiana, que importaba conservar “pura y sin adulteración”, y otra muy diferente los enjuagues que tenían su origen en la llamada ciudad eterna. A Dios lo que es de Dios y al César lo del César, sugería Amador, quien recordaba además que era preciso que la sociedad civil recorriera los caminos trazados por el Cristo, pero que ello no suponía la intrusión de la Iglesia y sus dignatarios en el discernimiento de los asuntos temporales. Por lo demás, el folleto estaba escrito en un tono sincero “sin el acaloramiento apasionado que extravía las más de las veces a los que tratan estas materias”.<sup>32</sup>

32. *La Libertad de México*, 13-IX-1868.

En León, ciudad a la que lo llevaron razones no del todo claras, Pedroza se dedicó con preferencia a editar folletines de temas edificantes, cuyo mercado era seguro. De estos años datan algunos volúmenes de la Biblioteca Católica, los cuales, por cierto, fueron ilustrados por José Guadalupe Posada, un artista que pese a su juventud ya dejaba ver su destreza y genialidad. También en León publicó la novela *El mártir del Gólgota*, a la cual ya aludimos, sólo que Pedroza logró una edición superior gracias a las excelentes litografías de Posada. En realidad, son sus grabados los que han salvado estas obritas de un olvido de otro modo inevitable.<sup>33</sup> En 1877, instalado de nueva cuenta en Aguascalientes y convertido en el editor del periódico oficial, Pedroza siguió dedicando parte de su tiempo a la edición de novelas y folletines. En abril de 1877, por ejemplo, anunciaba a los interesados que tenía a la venta las poesías de Manuel Carpio, reunidas en un volumen bien impreso y limpio. Del autor, un vate veracruzano que frecuentaba con éxito los temas religiosos y que por tanto se inscribía en la misma línea de Pérez Escrich y demás escritores católicos, tan gustados por el grueso del público, nada se decía, salvo que la lectura de sus trabajos resultaría amena a la vez que instructiva.<sup>34</sup>

33. Los grabados de Posada están reproducidos en F. Antúnez, *Primitias Litográficas...*, figuras 35 a 44.

34. *El Republicano*, 22-IV-1877.